27

El nuevo horizonte ibero-americano

Colección "Nuevo Horizonte"

EL NUEVO HORIZONTE IBERO-AMERICANO



EDICIONES DEL MOVIMIENTO
Colección "Nuevo Horizonte"
Gaztambide, 59 - Madrid

Depósito legal M. 8.490 - 1962

GRAFICAS ZAGOR Sergo, 53 - Teléf. 234 32 87 - MADRID-20

IBEROAMERICA EN LA ESPERANZA

Este es el sentido de estas páginas de la colección «Nuevo Horizonte» que, orientadas al trazado ambicioso e ilusionado de la comunidad española, no pueden olvidar el plantear con naturalidad algo que forma parte de nuestra propia condición de españoles: la solidaridad fraterna con toda la estirpe espiritual que agranda nuestro horizonte histórico.

Este sentimiento supranacional no es producto de ningún pacto o artificio, sino insoslayable realidad originada por unos caracteres comunes que vinculan familiarmente y de forma profunda y fuerte a un haz de pueblos que hablan español y que, juntos, constituyen uno de los factores universales de nuestro tiempo potenciados cara al futuro del mundo con más sólidas bases morales y materiales.

Por ello, el nuevo horizonte de los pueblos iberoamericanos no es, en modo alguno, ajeno a la España actual, abierta hacia su propio futuro con vocación fraterna de entendimiento con todos los pueblos pero, muy especialmente, con aquellos cuyas características raciales, geográficas y espirituales, los hace no sólo participantes de la misma historia sino, muy seguramente, protagonistas de un solidario porvenir.

1. EL TEMA DEL PUEBLO EMPLAZADO

El mundo en que vivimos se define cada vez más por la necesidad de integrarse en grandes unidades políticas que, al enfrentarse con los problemas fundamentales de la organización de la convivencia a escala universal, va adquiriendo progresivamente mayor dominio sobre ellos y contempla perspectivas más halagüeñas y de más franco éxito. Por todos lados las fuerzas y las formas políticas buscan el camino de la unidad y la colaboración, superando partidismos cantonales y afirmándose en una nueva interpretación de la vida pública congruente con los problemas y necesidades de la época. En estos movimientos hacia la mutua comprensión, España, no sólo no está ausente sino que por razón de su situación geográfica como encrucijada de Occidente y el mundo subdesarrollado, unida por indisolubles lazos al mundo africano, y por vínculos no menos fuertes a los países de América, representa un puente para esa integración y prácticamente puede considerarse que en todas las empresas de unidad a que estos países están abocados, España se encuentra comprometida y tiene en el mismo orden una tarea que cumplir.

En el caso de los países de Iberoamérica, y dada sobre todo, la aceleración histórica de nuestro tiempo, España es sujeto de una importante responsabilidad: una cultura común y una serie de rasgos peculiares

que hacen que las veintiuna naciones de Iberoamérica tengan como base pueblos afines, la obliga a afrontar el porvenir inmediato, no bajo definiciones y concepciones aisladas, sino en la búsqueda de oportunidades hacia un camino de unidad y eficacia en el planteamiento de un destino común.

Para esto es necesario sustituir una unión declamatoria, retórica, propicia para el discurso conmemorativo del 12 de octubre o para el tópico periodístico, por otra unión eficaz afirmada en la realidad de unos intercambios; en la actualidad y presencia de una serie de enlaces reales y tangibles que constituyan de por sí vehículos de integración, unidad y comprensión.

Las relaciones económicas comerciales, el intercambio de profesionales, los viajes de estudios y las convalidaciones académicas, y también la tarea común de editoriales y entidades difusoras de toda índole, representan otros tantos puntos importantes de desarrollo de una unidad que se concreta en mil realidades comunes. Respecto de todas ellas, los países iberoamericanos y particularmente España, están obligados a dotarles de mayor eficacia, a darles nuevas y mayores amplitudes actuando de tal modo que perfeccionándose estos vínculos constituyan posibilidades modélicas que puedan ser seguidas y adoptadas en las relaciones entre otros países.

Esta labor que hasta el momento no está realizada ni por políticas, ni por entidades concretas, debe ser fruto y consecuencia de una profunda comprensión entre hombres y pueblos, que histórica y geográficamente forman de raíz un solo pueblo Ibérico, al que su peripecia y su fecundidad ha hecho desplegarse a lo largo de una enorme área del planeta. Este pueblo ibérico disperso geográficamente, se encuentra emplazado y dispone de tiempo relativamente limitado para hacer su unión más general y más eficaz a fin de superar las contradicciones que le inmovilizan en

la solución de sus problemas fundamentales, y de transformar sus estructuras económicas, sociales y políticas de manera que pueda ocupar un puesto rector en el mundo actual. Si este programa no es llevado a feliz término en el espacio de unos pocos años, si estos pueblos siguen inmovilizados por injusticias sociales, por imperialismos extranjeros o por ideas parciales de toda índole, veintiuna naciones, trescientos millones de seres y un pueblo que ha dado figuras egregias a la Historia de la Civilización Universal, serán en el mundo algo puramente adjetivo y complementario, subordinado a las actitudes, uniones e intereses de otros pueblos, y a las convicciones de una civilización distinta.

2. LA ACELERACION CULTURAL Y LAS PERSPECTIVAS HISTORICAS DE LOS PUEBLOS IBERO-AMERICANOS

En las dos orillas del Atlántico, los pueblos de estirpe ibérica, tienen planteados los mismos problemas. Tanto en lo social, como en lo político, o en lo económico, los hombres iberoamericanos tienen ante sí una copiosa agenda de problemas que resolver y que de una o de otra manera se presentan en casi todos sus países bajo formulaciones muy semejantes.

En todas partes se desarrollan experiencias de reconstrucción comunitaria, se intentan resolver las grandes cuestiones que ofrece una sociedad cada vez más dinámica, cada vez en más intensa expansión y a la que la aceleración histórica de nuestro tiempo somete a una dura prueba. Si en todos los países modernos se deja sentir un movimiento que convierte en atrasados y pasados de moda los objetivos de toda índole apenas alcanzados, y que, paralelamente, divorcia entre sí a las generaciones y obliga al hombre a un esfuerzo constante, a una creciente tensión para mantenerse en el ritmo de su tiempo, esta aceleración y sus consecuencias son mucho más duras y dramáticas en los países de Iberoamerica, donde gran número de comunidades tienen que realizar este esfuerzo, pero no ya para superar la aceleración histórica, sino para

mantenerse dentro del ritmo normal de la civilización.

En el planteamiento de este problema, en la perspectiva iberoamericana, es decisivo el hecho de que España, y con ella Iberoamérica, obedecen a una experiencia histórica de tipo muy peculiar y con personalidad propia en el Mundo Occidental.

En aquellos acontecimientos en los que los países ibéricos intervienen de manera decisiva con su propio esfuerzo y en los que el pueblo es sujeto casi exclusivo de la historia, las restantes naciones apenas tienen influencia. Valga de ejemplo la Reconquista de España frente a los moros, el Descubrimiento de América, la Contra-Reforma y el Movimiento de Independencia y Emancipación de los pueblos Hispano-americanos. En todos ellos la influencia extranjera es superficial o pasajera, pero no fecunda. El reloj de la Historia marca la hora y la oportunidad de un pueblo que guiado por los impulsos y entusiasmos de su corazón, interpreta exactamente el papel que las circunstancias le han exigido desempeñar.

Desde el siglo XIX los Pueblos Ibéricos han vivido una historia cuyo tiempo se medía por los relojes de otros países. De aquí la crisis y la supuesta decadencia de los valores iberoamericanos; de aquí el que un pueblo firme y fecundo en el ámbito de la creación espiritual, se vea sistemáticamente derrotado en el camino de las realizaciones materiales, y a eso se debe también el que se pueda hablar de un imperialismo europeo o norteamericano sobre Iberoamerica, como si no se tratara de un conjunto de pueblos de acusada fisonomía y madurez cultural.

Por esta razón, ante la aceleración histórica, los países iberoamericanos deben buscar los caminos reales y efectivos de su unidad, para lo cual los dos primeros pasos tienen que ser diferenciar lo iberoamericano, y unir a los iberoamericanos entre sí; diferenciar la actitud histórico-cultural del hombre iberoamericano en sus rasgos comunes, en todo aquéllo que lo

distingue dentro del Mundo Occidental o lo separa del Oriental, de un capitalismo imperialista o de un colectivismo totalitario. Poner hora iberoamericana en el reloj de Iberoamérica, renunciando a otras referencias a ajenos meridianos.

En esta tarea el papel que España tiene que representar no es en absoluto el del país salvador, ni el de la nación capitana de otras naciones, sino el de definirse como uno más de los pueblos iberoamericanos, al que su situación singular, lejos del conjunto continental, y unido y referido por firmes lazos a otras realidades de nuestro tiempo, le presta una posición desde la que puede ser el vigía de Iberoamérica ante la evolución del Occidente, y el mediador entre Europa y los pueblos Iberoamericanos.

3. ESPAÑA Y LA HISPANIDAD DEL PRESENTE

El destino común de los pueblos iberoaméricanos puede afirmarse desde múltiples criterios y perspectivas, pero sólo puede hacerse real superando el recuerdo de un pasado glorioso, por el examen de un presente crítico y el enfrentamiento común de un futuro problemático.

La gloria de otros tiempos constituye una realidad que no tiene por qué olvidarse ni soslayarse, pero tampoco puede servir de justificación a los errores e ineficacias de hogaño. La realidad y la experiencia de hoy nos enseñan que todos los pueblos subdesarrollados pugnan por superar las contradicciones que los inmovilizan y abrirse paso hacia un futuro claro y prometedor.

Las nuevas naciones que surgen van a determinar en un futuro inmediato un extraordinario cambio en las estructuras político-sociales del Universo, y a todas ellas se ofrece un porvenir lleno de promesas, siempre que sean capaces de superar sus contradicciones.

Los pueblos hispanoamericanos, de cultura más floreciente y cuyas sociedades tienen un carácter netamente occidental, no tienen que realizar, para su resurgimiento, un esfuerzo tan considerable como el de los países africanos o asiáticos. Ahora bien, si los pueblos hispanoamericanos quieren salir del atraso, de la injusticia y del subdesarrollo, deben hacerlo

dando una nueva dimensión y sentido a la idea que íntegra su común unión: la Hispanidad. En 1962, la idea de Hispanidad no puede ser en absoluto un resabio romántico y literario, unas citas de casi olvidados textos históricos y una nostalgia de pasadas glorias. La Hispanidad de nuestro tiempo, por el contrario, debe mirar hacia adelante, plantearse problemas de hoy, con perspectivas de hoy, definir su nuevo horizonte y dirigirse hacia él.

Debe seguir su camino sin volver la cabeza atrás, si no quiere convertirse en estatua. En la misma medida, y aunque el destino común de los pueblos iberoamericanos tiene que definirse por las diferencias, estableciendo una distinción clara y tajante entre Iberoamérica y los restantes países, se hace necesario que los hombres de hispanoamerica adviertan que la fortuna del futuro aguarda a aquellos países que con más rapidez aprendan las dos grandes lecciones de Occidente, consistentes en la afirmación del tiempo como una oportunidad de perfeccionamiento, y la del camino del pensamiento como destino del mundo.

Para los hombres de nuestra época, el tiempo es más que nunca una oportunidad de perfeccionamiento; es preciso aprovechar todas aquéllas oportunidades que la hora actual nos viene ofreciendo para adquirir nuevos conocimientos, para reflexionar sobre los antiguos, para adoptar una serie de conductas que el día de hoy hace propicias y que el día de mañana ya puede convertir en apremiantes, o tardías.

Por estas razones, se hace urgente e imprescindible este perfeccionamiento, por cuanto, en el mundo actual, las conquistas de una nación, de un Continente o de una clase social, no son sino resultados de la evolución del pensamiento, y de la posibilidad que los hombres han instrumentado de perfeccionarse en todos los órdenes.

Las posibilidades de la humanidad en nuestra época, nacen y se desarrollan en cuanto se aprovecha el

tiempo en lo que vale y en lo que significa. En orden a esta perfección y a este humanismo, ante los países hispanoamericanos, se ofrece una gran tarea: La de construir el futuro sin desechar en su totalidad los valores auténticos en la tradición.

Al servicio de estas ideas, no es válida ni una hispanidad retórica y trasnochada, ni tampoco un hispanoamericanismo revolucionario que deshaga todo lo antiguo sin descriminar que es lo que merece respeto ni donde se encuentra lo que debe reformarse, y cuales son las cosas e instituciones que deben desaparecer. En orden a esta triple tarea, se define una hispanidad moderna para la que el tiempo es ocasión y, a la vez, término de un plazo improrrogable. En la medida en que los países iberoamericanos sepan responder a este emplazamiento, el mundo de los años inmediatos contará o no con la presencia de Hispanoamérica.

4. LAS PREMISAS DE UNA UNION EFICAZ

a) *Los intercambios materiales.*

Para que España e Iberoamérica afronten juntas su nuevo horizonte, es necesario que los hombres de estos veintiún países sustituyan la clásica conmemoración del «Día de la Raza», límite y referencia exclusivo a la fraternidad de una gran masa de pueblos, por un calendario totalmente señalado por el quehacer y la tarea de un Continente, intercambio mediante la diversificación de una economía que aspire a difundir sus materias primas, manufacturas, fuerzas de producción y mercados no en la escala de los intereses nacionales, sino en la órbita de la experiencia y la necesidad iberoamericana.

Desde este punto de vista la consideración de los intercambios reales que los pueblos iberoamericanos desarrollan entre sí, es una base de partida para la interpretación de este nuevo horizonte.

En los últimos años han sido frecuentes los tratados y acuerdos promotores de una auténtica solidaridad económica entre los pueblos de Iberoamérica. En estos se da una serie limitada de países con una excelente situación económica, una completa estabilidad y un amplio haz de posibilidades para el desarrollo de una política de inversiones que puede encontrar en los restantes países iberoamericanos su marco adecuado.

De hecho, la colaboración de aquellos países que tienen más alto nivel de producción y que han llegado a conseguir una industria en cierta medida considerable, puede rendir a los países más atrasados de Iberoamérica un servicio de incalculable valor, no sólo contribuyendo a la creación de riqueza y al aumento de la prosperidad, sino impidiendo que sean otros capitalismos ajenos a los intereses iberoaméricanos los que se instauren en estos países.

Esta solidaridad de intereses puede tener como precedente el repertorio real de los actuales intercambios, muchísimo más numerosos y constantes de lo que parecen. Ultimamente, como decíamos, han sido muy considerables las relaciones económico-comerciales entre los países de Iberoamérica, haciéndose frecuentes los pedidos de productos terminados y manufacturados que unos países cursaban a otros. Estos intercambios han permitido en una gran medida el desarrollo de grandes sectores de la económia iberoaméricana sin apenas influencias extranjeras, estableciendo, de tal modo, no relaciones de dependencia respecto de países ajenos, sino auténticas conexiones de solidaridad económica en las que la amplitud y variedad de los intercambios ofrecen mutuos beneficios a todos los países.

En este intercambio, la aportación española a la economía iberoamericana es de gran interés, pues han sido constantes y numerosas las operaciones concluídas entre España y los países iberoamericanos, en lo que se refiere a la adquisición de materias primas y productos agrícolas, y, sobre todo, a la venta de maquinaria española a los países iberoamericanos.

b) *Los intercambios inmateriales.*

Pero si importantes son estas operaciones comerciales, más aún lo son otras que, sin tener un significado económico inmediato, concurren de modo eficacísimo

al desarrollo económico y social de los distintos países, y que si bien hoy son difíciles de valorar y juzgar, desde un punto de vista estrictamente económico, vienen teniendo muy considerables consecuencias de esa índole. Nos referimos a los intercambios inmateriales, los intercambios ideológicos motivados por la presencia de estudiantes, profesionales, expertos, técnicos y profesores de unos países iberoamericanos en otros, mediante la organización de Congresos y de Agencias especializadas, iberoamericanas. e igualmente mediante cursos de capacitación y perfeccionamiento del máximo interés.

Toda tarea de desarrollo económico es en gran medida una empresa de conocimiento; para que la riqueza fluya de un país a otro, es necesario que también lo hagan las ideas. De aquí la validez de los intercambios culturales iberoamericanos, que no solo proporcionan nuevas perspectivas, sino fundamentalmente una serie de oportunidades de perfeccionamiento cuya amplitud las hace muy difícil de valorar en todas sus consecuencias.

El hecho de que los estudiantes iberoamericanos busquen aula o laboratorio indistintamente en cualquier país del Continente, incluído España. es de por sí un hecho decisivo. La afluencia de los estudiantes iberoamericanos a nuestra Patria (casi veintidos mil en el curso 1961-62) es considerable. Estos son los intercambios inmateriales; intercambios de ideas y de lecciones, participación en tareas comunes de aprendizaje y estudio, en diversidad de cursos en los que los alumnos aprenden a contemplar su propia existencia histórica con realidad y perspectiva, y se inician en una tarea de reflexión, de completo estudio y análisis de la propia personalidad de sus países, y de su radical significado en la actual hora del mundo.

De estos intercambios inmateriales pueden salir múltiples enseñanzas que, sin duda alguna, han de traducirse en una mayor prosperidad, en una más eviden-

te riqueza para los países de Iberoamérica y en una superación de antagonismos y dificultades.

En el punto actual de su experiencia, los hombres de nuestro mundo saben ya que los problemas políticos y sociales son en una gran medida manifestaciones de psicología. En tanto que los iberoamericanos aprendan a conocerse entre ellos, a conocer en cada uno lo que les une y a superar lo que les confunde y separe la solución de estos problemas presentará una mayor facilidad.

c) *España, aula de iberoamérica.*

En el nuevo horizonte de su vida pública, España no se considera como una nación distinta y superior a las iberoamericanas. El hecho de que en algunos aspectos del saber, como consecuencia de una sólida tradición cultural, España pueda instrumentar multitud de lecciones que no pueden proporcionarse países más jóvenes, no es razón para exhibir trasnochados complejos de superioridad, pero sí para hacerse problema y profesión de eficacia.

España no es solo el punto ideal para la llegada a Europa de los iberoamericanos. Tampoco es exclusivamente el muelle de atraque a Europa de los productos iberoamericanos, ni el archivo de unas pasadas grandezas, sino que es fundamentalmente el aula en la que se pueden analizar creencias y experiencias, el «Studium Generale» en que se integran diversos saberes, especulaciones y técnicas en una común ordenación. Si la experiencia nos enseña que en el mundo iberoamericano los árboles de la proximidad no dejan ver el bosque de los problemas, es evidente que un aula española puede ofrecer el punto ideal para la reflexión. el análisis y la agenda de la problemática iberoamericana, por razón de que en España la tradición y la preocupación por los problemas de América es ante-

terior y superior a la de cualquier otro país europeo y, por tanto, cualquier intento de analizar el mundo iberoamericano desde España, o de instrumentar soluciones para sus problemas está respaldado por una amplia experiencia, porque España que fue universidad y basamento ideológico de una serie de pueblos, puede perfectamente documentar cualquier preocupación que en nuestro actual presente se produzca sobre los problemas del mundo iberoamericano.

d) *España, taller de Iberoamérica.*

Pero aparte de la reflexión que España puede instrumentar sobre los problemas iberoamericanos, es evidente que en el momento actual nuestra Patria puede ofrecer una experiencia de trabajo ciudadano, una tarea de reconstrucción comunitaria que le convierte en auténtico taller de experiencia. Tanto en el orden de la organización y la asistencia familiar, como en el desarrollo de las instituciones municipales, como en la representación, función y acción de los Sindicatos, la España de este tiempo puede presentarse ante cualquier país de Occidente e igualmente ante las Naciones iberoamericanas, como un excelente taller, en el que multitud de ideas provechosas llevadas a la práctica y en avanzado grado de realización, presentan experiencias reproducibles y adaptables a la órbita y la problemática de las distintas naciones, constituyendo de por sí un repertorio de soluciones, no solo nada desechables, sino aprovechables en una gran medida.

El movimiento de promoción familiar desarrollado en nuestra Patria, tanto en su aspecto legislativo, como en el social y más aun en los asociativos, ofrece un cauce de ordenación y estructuración de la vida pública, de insospechadas posibilidades y enorme trascendencia. De manera análoga, el desarrollo alcanzado por los municipios españoles, la progresiva especiali-

zación de nuestras técnicas de Administración Local y, paralelamente, la atribución de contenido y función política al Municipio, son de por sí aspectos en la experiencia de estos últimos años, cuya exportación puede ser, en una enorme medida, provechosa para sus destinatarios.

Igualmente la experiencia sindical española ha alcanzado una mayoría de edad que la permite dar cumplido fundamento a la esperanza. Un sindicalismo desplegado en las diversas vertientes de lo económico, lo social, lo político y lo asistencial, un sindicalismo que es fundamentalmente sindicalismo en los hombres, revelador de virtudes cívicas, promotor de insatisfechas posibilidades de capacitación y de formación, sindicalismo de educación y de formación profesional, pero que es también un sindicalismo entre los hombres, cátedra de solidaridad y de cooperación, sindicalismo, en suma, método y compendio de aquellos valores que aspira a realizar una sociedad mejor.

En estos tres sentidos familia, municipio y sindicato, la experiencia española puede constituirse en el taller y la escuela en los que se ejerciten, para una política nueva, los cuadros de futuros dirigentes del mundo iberoamericano.

5. UN NUEVO HUMANISMO IBEROAMERICANO

a) *Las condiciones de una unión eficaz*

Para que la unión de los países iberoamericanos sea realmente eficaz, los hombres y las diferentes naciones deben aplicarse a promover una unión sincera y completa, educando a las juventudes en una auténtica solidaridad regional con las demás naciones y buscando el camino de la unión por encima de falsos complejos de superioridad y de actitudes predeterminadas que creen obstáculos al entendimiento entre los hombres y los pueblos.

Esta unión eficaz tiene que ser algo más dinámico que estático; la unión debe realizarse por y para algo, para cumplir una serie determinada de objetivos y para realizar una serie de tareas. Estos objetivos pueden dividirse y centrarse en dos: de un lado la integración de todas las fuerzas iberoamericanas con vistas a realizar la revolución de Iberoamérica, la auténtica revolución de Iberoamérica, basada en el respeto a la dignidad del hombre, la renovación de las clases dirigentes, la igualación de las oportunidades y la puesta de la economía al servicio y medida del hombre iberoamericano. De otro lado, la promoción de un nuevo humanismo; el nuevo horizonte de España y de iberoamérica es propicio a la contempla-

ción de un nuevo proyecto, el de un humanismo, fundado en líneas tradicionales y modernas a la vez, apoyado en el trabajo y la vocación respetuosa de la obra bien hecha, congruente con nuestro tiempo actual, con las exigencias de un universo nuevo, que exige hombres nuevos.

b) *La Revolución de Iberoamérica.*

Por encima de contradicciones y paradojas, la experiencia iberoamericana demuestra y afirma la necesidad y la posibilidad de una nueva revolución, que no es la revuelta sangrienta y miliciana que entenebrece la Cuba de nuestros días, ni es tampoco la falsa política de promoción con la que, consciente o inconscientemente, se protegen los negocios de las grandes compañías en Iberoamérica. Experiencias auténticamente presididas por la idea de la dignidad humana y orientadas ante todo a sacar a las masas populares de su desventurada ignorancia, poniendo al mismo tiempo al hombre de pensamiento en contacto, comunicación y diálogo con el pueblo, demuestran en qué medida en Iberoamérica es posible superar la idea de la revolución popular demagógica, de signo soviético, por una revolución social, revolución de educación, de formación profesional, de reforma agraria; revolución de ánimos templados e ideologías firmes, nacida en el respeto a la vida y la opinión de los demás hombres, en el diálogo fecundo y en el acercamiento de los distintos grupos sociales. Esta nueva forma de revolución se evidencia como posible en el excelente fruto que algunas de sus tareas previas, principalmente las experiencias de educación popular, han conseguido en algunos países. En esta nueva fórmula de revolución, la experiencia española de los últimos veinte años, el clima de convivencia y de paz social pagado con la sangre de un millón de españoles y consolidado con

el esfuerzo de otros muchos, puede ofrecer, si no el modelo servil y exactamente imitado, sí un ejemplo a adoptar en la escala y en la medida de las diferentes experiencias nacionales; adelantarse por el camino de la instrucción popular y de la promoción profesional a la marea ascendente del comunismo, puede ser en Iberoamérica un sistema mucho más eficaz que concentraciones de armas y fuerzas, violencias previsoras de otras violencias, que a la larga sólo pueden desembocar en hacer el juego al comunismo internacional, creando la «mecánica de odios» que constituye su adecuado caldo de cultivo.

c) *Un nuevo humanismo.*

En algunas épocas el hombre de uno y otro confín del mundo ha sabido hacerse intérprete de la historia, poniendo al servicio y cumplimiento de sus objetivos las fuerzas de la Naturaleza, los recursos de la tierra y, sobre todo, el tiempo, que ha sido siempre valiosa oportunidad de perfeccionamiento. Por el contrario, cuando el fluir de los acontecimientos no ha podido ser dominado por los hombres, la humanidad ha entrado en épocas de profundas crisis. Por esta razón, todo problema que plantee la historia moderna, puede resolverse y afrontarse desde una concepción diferente, desde la idea de un nuevo humanismo, una nueva actitud humana que vuelva a poner al hombre en un lugar de dominio, respecto al fluir de los acontecimientos históricos. Si la experiencia nos enseña que el hombre es la base de todo sistema, lógicamente la acción tendente a buscar nuevas dimensiones y posibilidades para la convivencia tiene que partir de una nueva concepción del hombre. Un hombre iberoamericano capaz de entender con una perspectiva universal los problemas humanos y sociales de nuestro tiempo; capaz de proyectarse con categorías éticas en los

procesos del desarrollo técnico y de la transformación de la nueva sociedad; un hombre que se caracterice por el sentido de la responsabilidad, el amor al trabajo, la vocación, el sentido de la superación, el amor a la solidaridad, la sobriedad y el universalismo, sobre cualquier otra faceta parcial y limitada de su personalidad; un hombre iberoamericano que haciéndose cargo de la responsabilidad que a su pueblo corresponde en el plazo perentorio que dispone para realizarse, supere todo género de cuestiones y resuelva el problema de la aceleración histórica, no adulterando su vida y su conducta, sino estableciendo un tiempo vital que sea la medida de la historia y de la cultura, produciendo una nueva inventiva, por la que las relaciones del hombre con la máquina vuelvan a establecerse en función de preferencia y señorío para el hombre. Un nuevo humanismo capaz de defender al hombre de la masa y de la máquina, de dar respuesta a las mil contradiciones que en el punto actual de nuestra evolución histórica hacen difícil la posición del hombre sobre la tierra.

6. ESPAÑA E IBEROAMERICA

La identidad de criterios que en los aspectos fundamentales del quehacer humano y mantienen España y los países iberoamericanos, y que es una consecuencia lógica de un común sentimiento de la vida, ha de servir para mantener e incluso acrecentar una relación que, por no referirse a ningún aspecto determinado sino a todos ellos, debemos denominar «relación vital».

La aportación española al engrandecimiento de las naciones hermanas de América, que no se ha interrumpido nunca, tiene que cobrar, en este nuestro tiempo, en el que a lo económico se le concede tanta importancia por verse en ello el fundamento del desarrollo social, nuevas dimensiones, sin olvidar las tradicionales.

Hace ya muchos años que, por todos los medios a su alcance, España viene propugnando el desarrollo de los países iberoamericanos, y ofreciendo, para ello, lo que en orden a esa elevación puede aportar. Y no cabe olvidarse de que también Iberoamérica ha prestado su concurso a nuestro propio desenvolvimiento cuando fue necesario.

El problema de las relaciones entre España e Iberoamérica desborda y sobrepasa el campo económico, pero es indudable que, precisamente para poder alcan-

zar fines más altos, también es necesario acentuar la relación en dicho campo.

España aspira y ha aspirado siempre, con absoluto desinterés crematístico y guiada por aspiraciones de orden moral, a que las naciones hermanas de América encuentren una firme situación política y social, y sabe que ésto no puede conseguirse si dichos países no alcanzan una base económica que permita un adecuado desarrollo, es decir, una explotación nacional de sus recursos para una elevación del nivel de vida de sus poblaciones.

Conviene tener en cuenta que, en sus proyectos de integración económica internacional, España relaciona y aun condiciona su actitud a los vínculos que la unen con las naciones americanas. El hecho no obedece tan solo —aunque ello también cuente— a una actitud afectiva hacia los pueblos de su estirpe, sino también, al firme convencimiento de que es imposible estructurar una economía mundial sobre bases sólidas, sin configurar dentro de ella, en el puesto que le corresponde, a esa inmensa área que desde Méjico al Cabo de Hornos constituye, por su tierra y por sus hombres, una positiva realidad de enorme fuerza actual y que los años acrecientan.

Iberoámerica necesita la ayuda exterior para actualizar sus enormes recursos potenciales, pero esa ayuda no puede ejercerse según viejos criterios, ya periclitados, de mero afán de lucro, sino con el espíritu de beneficio mútuo. Necesita, además, una inmediata rectificación del desequilibrio que hoy se registra entre los países productores de artículos primarios y aquellos otros caracterizados por una fuerte industrialización.

Sabido es que la génesis de ese desequilibrio radica en que mientras los artículos industriales poseen en los mercados internacionales una estabilidad de precios que asegura una eficaz remuneración a los países productores de los mismos, los artículos prima-

rios tienen unos precios envilecidos, lo que da lugar a un empobrecimiento de los países que los obtienen y que en ellos basan su comercio de exportación.

El hecho que comentamos tiene enorme importancia, dado que los países exportadores de artículos primarios—entre los que se encuentran todos los de Iberoamérica—basan en la exportación de los mismos, no solo sus posibilidades de existencia, sino también su necesario desarrollo. Al no alcanzar, tales artículos, precios remuneradores en los mercados mundiales, los países que los exportan carecen de medios de pago contra el exterior, con el consiguiente debilitamiento de sus monedas. Este hecho ha sido apreciado incluso por los propios países industriales, los que se han encontrado con la desagradable sorpresa de que la penuria que sufren los que se hallan en vías de desarrollo, ha repercutido desfavorablemente en los de potente industria, reduciendo sus ventas en el exterior.

La posición de España de desear y coadyuvar al desarrollo de Iberoamérica está asentada en razones políticas, sociales y económicas. No se trata tan sólo de afectivas tendencias—por otro lado absolutamente explicables—de nuestro país hacia las naciones hermanas de América, sino de haber percibido con absoluta diafanidad el hecho, incuestionable, de que de Iberoamérica depende, en un grado que muchos cegados por la situación presente no aciertan a ver, el futuro de éste que denominamos «Mundo libre».

Iberoamérica necesita, en fin, desarrollar su economía para beneficio propio, y también, para crear la fortaleza social y política en una zona del mundo que es vital para la solidaridad de Occidente.

7. ESTADOS UNIDOS Y EL DESTINO DE IBEROAMERICA

Lo que, ante todo, debe tenerse en cuenta al enjuiciar las posiciones de los Estados Unidos respecto a Iberoamérica y, a la inversa, las de este conjunto de pueblos respecto a «la gran potencia del Norte», es que, a pesar de todas las diferencias que puedan separarles, la raíz vital de sus propias culturas, ha hecho alinearse a todo el Continente en el denominado «Mundo libre». Es, por lo tanto, en servicio de esa libertad como tienen que plantearse unas relaciones cuyas directrices pasadas no deben olvidarse, puesto que entrañan una alta enseñanza, pero sí rectificarse, orientándolas en un sentido de mucho más alcance que el de la mera convivencia, ya que, en definitiva, de ellas depende el destino de América, e incluso del mundo.

La alianza para el progreso.

Los países iberoamericanos se enfrentan hoy—manteniendo incluso en esto una similitud con las naciones peninsulares que les dieron origen—con la necesidad de proceder a una profunda modificación de sus estructuras económicas. En este propósito, punto

de partida para la también necesaria modificación social y cultural, el esfuerzo mayor ha de ser llevado a cabo, sin duda alguna, por los propios países a quienes afecta, pero resulta indudable que sin la ayuda exterior, es muy difícil que pueda llegarse a una solución satisfactoria de los problemas con que dichos países se enfrentan y mucho menos, a una solución tan rápida como exigen las actuales circunstancias del mundo.

Las nuevas directrices de América como unidad «occidental» dentro de la diversidad de las circunstancias de las naciones del «Nuevo mundo», tenemos que relacionarlas con las ideas que informan la «Alianza para el Progreso», organización en la que se intenta englobar a todo el Continente, y en la que los Estados Unidos figura como país que, por su gran desarrollo económico y posibilidad de recursos actuales, puede coadyuvar a la expansión económica de Iberoamérica merced, sobre todo, a la aportación de técnica y capital.

En este sentido de comunidad de esfuerzos, se han movido, olvidando viejas directrices, no sólo inoperantes sino incluso contraproducentes, las conclusiones que se adoptaron en la Conferencia de Punta del Este, las cuales tienen que ser consideradas como las líneas generales en que hay que enmarcar la ordenación de cada país para resolver sus específicos problemas, dentro de un conjunto continental libre de las tensiones originadas, en la inmensa mayoría de los casos, por las propias condiciones de subdesarrollo que aquejan a la casi totalidad de los países americanos.

La modificación estructural y sus problemas.

Iberoamérica se encuentra hoy frente a la ineludible necesidad de proceder a una radical modificación de sus estructuras económicas, incluyendo en este con-

cepto la transformación de las explotaciones agrarias, la elevación industrial y la intensificación y diversificación de sus corrientes comerciales. Como transfondo de todo ello y con valor substantivo por referirse a las individualidades humanas, tiene ineludiblemente que elevar la formación intelectual y técnica de cuantos se implican en los procesos productivos, medio único para mejorar éstos y al mismo tiempo, elevar el nivel de vida de las poblaciones.

Cabe ahora preguntar cuál ha de ser el papel de los Estados Unidos en la transformación de Iberoamérica. Esta pregunta se encuentra contestada en las propias conclusiones adoptadas en Punta del Este. Norteamérica, con una suficiencia de recursos de técnica y capital, tiene que ofrecerlos a los restantes países continentales según características que permitan a éstos mantenerse con firmeza en la línea del desarrollo.

Mas esta orientación exige algunas condiciones. Acaso sea Iberoamérica el ejemplo más fehaciente de que los capitales extranjeros, cuando no coadyuvan a una capitalización interior de los países que los reciben, no sirven en absoluto para sacar de la pobreza y del subdesarrollo a dichos países, e incluso, en determinadas circunstancias, lo que efectivamente originan es la perpetuación de su pobreza.

Cabe decir, sin temor a error que, en paralelo con sus necesidades de capital, los países iberoamericanos se encuentran necesitados de una regulación y perfeccionamiento del comercio exterior, consiguiendo para sus productos exportables —la mayoría de los mismos incluídos en el renglón de «artículos primarios»— unos precios remuneradores y que les permitan atender a sus adquisiciones en el extranjero.

Los Estados Unidos han iniciado hace pocos años una política con los países iberoamericanos que parece responder a las exigencias de nuestro tiempo. Una política que, en efecto, permite aliarse para progresar juntos y que solo beneficios puede reportar, dado que

está plenamente comprobado —y el ejemplo de Europa resulta a este respecto, decisivo— que no es con la represión de determinadas áreas como los países más avanzados pueden elevar aun más su progreso, sino situando a tales áreas en una posición de mayor desarrollo que, al mismo tiempo que las fortalece económicamente, las dota de un equilibrio social y aun político imposibles de conseguir en las zonas económicamente deprimidas.

Porque es un hecho incontrovertible que las economías altamente desarrolladas de los países más adelantados necesitan, para sobrevivir, abrirse cada día nuevos mercados que puedan sostener y aun ampliar su producción. Aunque parezca una paradoja, el nivel de vida de los grandes países industriales se encuentra hoy condicionado por el indice de consumo universal. Trasladando este pensamiento a América, quiere significar que es necesario incorporar al desarrollo industrial a los pueblos iberoamericanos para que la riqueza en ellos generada haga posible su acceso al mercado mundial, el cual está precisando, cada vez en mayor medida, elevar sus corrientes de intercambio.

El «aliarse para progresar juntos» que hoy se enarbola como bandera de las nuevas relaciones interamericanas, no es pues una divisa inane, sino una aspiracin viable. Acaso quepa decir que es la única posibilidad que existe de que América, pese a todas sus diferencias nacionales, presente una unidad superior en su alineación dentro de este «Mundo Occidental» que todos queremos salvar por estimar que con él salvamos las verdaderas esencias de una cultura y de una civilización.

8. IBEROAMERICA Y EUROPA

En la meta de todas sus experiencias, la Europa de nuestro tiempo, agrupa sus energías, cubre huecos en sus filas diezmadas por diferentes causas y contradicciones, y se apresta a ganar la batalla de la unidad. En la actual situación de Europa, Iberoamérica puede aprender muchas lecciones:

La primera, la de realizar a tiempo las reformas de las estructuras y la liquidación del pasado, impidiendo que las diferencias que han quedado sin resolver vayan dificultando cada vez más un presente de por sí problemático;

La segunda, la de saber adelantarse en modo y medida adecuada al desarrollo de los acontecimientos; y

La tercera, la determinada por la imposibilidad que el particularismo de los problemas crea cuando éstos han de ser contemplados desde perspectivas internacionales y no a escala de experiencias nacionales.

Ante Europa, Iberoamérica tiene que mantener su fundamental diferencia pero no su antagonismo. En la actualidad Iberoamérica debe afirmar, cada vez con mayor evidencia, la personalidad de su propia cultura, lo que no implica en absoluto la negación de los valores culturales del Viejo Mundo, pero si la diferenciación entre unos y otros. Igualmente Iberoamérica

debe de realizar su unión mediante fórmulas políticas basadas en su originalidad y que no sean en absoluto copia o adopción de las fórmulas seguidas en Europa.

La experiencia de la unificación europea tiene que ser un punto de partida, un dato para el conocimiento y una sugerencia para el pensamiento iberoamericano, pero en absoluto un modelo ciega y servilmente imitado, sin meditación de ningún género.

En un próximo futuro de grandes agrupaciones regionales, la Europa Occidental puede ser el más excelente de los aliados para la regionalidad iberoamericana, integrándose en un mundo en el que la amenaza de Oriente tenderá fatalmente y sin duda alguna a proyectarse cada vez con mayor violencia. Al mismo tiempo el Mundo Iberoamericano definido por la existencia de un inmenso continente vacío, necesitado de brazos, puede ofrecer al emigrante europeo nueva patria, nuevo trabajo y nuevos derroteros.

En la hora actual, crítica, del mundo en que vivimos. es evidente que, en los pueblos, las grandes afinidades determinan en cierta medida un destino, si no común, al menos semejante, pero la oportunidad histórica y las características distintivas de cada país ordenan paralelamente una gran diversidad en la forma de interpretarlo. Afinidad pero diferencia, pueden ser las categorías que definan la relación entre el Mundo Iberoamericano y el Europeo en un futuro próximo.

Jalón positivo para el cumplimiento de este programa, sería la realización de una comunidad económica nacida del mercado común iberoamericano, con el europeo, en la que a nuestra Patria correspondería un papel decisivo. Superando sus dificultades, un proyecto de esta magnitud representaría un nuevo cambio en la geografía económica del mundo y, un rotundo paso hacia la prosperidad y el desarrollo de los pueblos iberoamericanos.

9. IBEROAMERICA Y SU ANTICOMUNISMO

La presencia del comunismo en nuestro Mundo contemporáneo signa una serie de aspectos de la mayor importancia y determina la producción de una variedad de fenómenos de extraordinario interés, que en lo internacional se caracterizan por el nacimiento de la que ha llamado Jorge Schwazemberg «La política del poder», y al mismo tiempo por el mantenimiento de una guerra psicológica de profundas y variadas repercusiones.

Pero el comunismo no es en absoluto un fenómeno unitario, sino de una enorme diversidad, que se despliega en numerosas experiencias distintas y se extiende por una serie de inusitados cauces. Así, por ejemplo, tenemos que en las relaciones con los países iberoamericanos, no es sólo de temer la acción propia del comunismo soviético, sino también el despliegue de la zona de influencia de los países satélites que asimismo realizan sus propias políticas en Iberoamérica.

En estos últimos años el comunismo se ha reforzado con una nueva experiencia, la de Fidel Castro, que sirve de punto de encuentro a una serie de elementos dispersos de la vida política americana, que aun sin ser comunistas se ven atraídos por la experiencia revolucionaria cubana, e incluso expresan deseos de colaborar con los comunistas ayudándoles a realizar pa-

recidas experiencias en todos los países del hemisferio. Estos elementos que Robert J. Alexander llama «Izquierdas Jacobinas» se caracterizan por el deseo de un profundo cambio revolucionario en la estructura económica, social y política, subrayando la necesidad de incrementar la independencia económica de los países latino-americanos, diversificando sus economías.

Al mismo tiempos estos «jacobinos» comienzan a dudar de la eficacia de la democracia, dejándose llevar con facilidad al razonamiento marxista de que los fundamentos de la democracia, tal como los equilibrios y compensaciones del poder, el respeto a la opinión ajena y otros elementos básicos de la institución, no son sino trampas con las que se intenta detener a las masas populares. En la medida en que no creen en la democrática política tradicional, estos grupos se encuentran en posición ideológica no opuesta a los comunistas y nada impide su colaboración en el plano nacional e internacional.

Aproximadamente hace diez años que el peronismo argentino evidenció la entrada del «Cuarto Estado», representado por las masas populares en la vida pública. Ahora bien, en su actitud decididamente anticomunista, Perón no pudo obtener los apoyos hemisféricos que rusos, chinos y checoslovacos han representado para Fidel Castro, el cuál en el plazo de dos lustros ha podido aprovechar la experiencia política del justicialismo argentino y al mismo tiempo usar en su favor las impaciencias y hostilidades que han caracterizado a las relaciones iberoamericanas de los últimos tiempos.

La irrupción de estas izquierdas de signo social permite a los comunistas utilizar una táctica de cobertura que, hasta el presente, les había sido sumamente difícil. Tras la fachada de la revolución indígena, desarrollada por estos grupos izquierdistas, los comunistas intentan encontrar un aliado e incluso una parte in-

tegrante de un movimiento de reforma profundo. El éxito o el fracaso de su empresa depende, en una gran medida, de la capacidad de los procesos autóctonos de transformación, para realizar gradual y democráticamente sobre una base institucional los cambios revolucionarios indispensables en la vida económica y social del Continente.

Esta es en realidad la gran responsabilidad de los iberoamericanos: realizar y llevar a buen término una serie de reformas, quitando las razones que pudieran en su caso utilizar en su favor los partidos comunistas.

Mientras se define esta situación es evidente que una extensa penetración ideológica y propagandística del comunismo en Iberoamérica, la siembra constante de disturbios y dificultades en los distintos países iberoamericanos por parte de grupos agitadores que tienen su origen en los países orientales, hacen que las perspectivas de relación entre Iberoamérica y el Mundo comunista se caractericen por una interna e intensa tensión.

Pero la experiencia de los últimos tiempos nos muestra que en una gran medida, y lo mismo a los hombres, que a las ideas que a los pueblos, todo aquéllo que no los destruye, los fortalece, y la lucha contra el comunismo en Iberoamérica, que amenaza convertirse en un tópico vacío de contenido, es, en algunos de sus aspectos, un sorprendente crisol en el que se fija la nueva mentalidad iberoamericana, en el que se forma el proyecto y la ideología de los iberoamericanos. Una oferta de ideas, por polémicas, e incluso por inhumanas que estas sean, constituye siempre una tentación al pensamiento, una oportunidad para que reaccionando contra ellas surjan otras nuevas, y renegando de falsos valores, se encuentren valores auténticos. De ahí que la misma penetración del comunismo en Iberoamérica pueda coadyuvar a que aquellos países superen los obstáculos que hoy se les presentan, y resuelvan las dificultades que aparecen

ahora en su horizonte, ya que la presencia del enemigo es una de las circunstancias que con mayor rapidez facilitan el encuentro de un pueblo con sus verdaderos valores, y el hallazgo de sus mejores posiciones.

Crisol o mejor yunque para la forja de los valores iberoamericanos, la penetración del comunismo, no es en absoluto un fantasma indefinido ante el cual se deba temblar y acongojarse, sino un elemento real planteado, y contra el que se tiene que reaccionar por medios reales apropiados y suficientes.

En la actual transformación del Mundo, Iberoamérica está comprometida a realizar una serie de reformas eficaces que no son en absoluto ni utópicas ni imposibles. Si estas reformas son desarrolladas de una manera adecuada, el comunismo volverá a tomar su puesto tradicional en la política de Iberoamérica: el de un grupo esencialmente extranjero dirigido por una potencia imperialista extranjera y al servicio de sus intereses. En uno u otro término, de la capacidad o incapacidad de los partidos políticos iberoamericanos para promover estas reformas depende exactamente el signo y el diagnóstico de la más inmediata hora iberoamericana.

10. EL NUEVO HORIZONTE DE IBEROAMERICA

La perspectiva del presente iberoamericano en su problemática y en su complejidad, nos presenta tres cauces de tareas de extraordinario interés, en los que se advierten: una industria que debe desarrollarse, emanciparse y definirse; una reforma agraria, necesidad perentoria y presupuesto de toda reconstrucción comunitaria; y el planteamiento de un nuevo horizonte en la educación, en el que ya se advierten la presencia de datos positivos, cuyo valor, como punto de partida, es más estimable de lo que pudiera creerse.

Nuevo horizonte de la industria.

Durante años, como consecuencia de los intereses capitalistas extranjeros, la industria iberoamericana ha sido una industria vasalla casi en su totalidad, en la que, en gráfica expresión de un revolucionario iberoamericano, «Los extranjeros se llevaban el mineral y dejaban los agujeros»; industria, por tanto, complementaria y subordinada a las directrices y orientaciones de economías extranjeras, en nada beneficiosas ni concordes con los propios intereses nacionales. Pero la prodigalidad de los recursos iberoamericanos, en su enorme mayoría inexplotados, va atrayendo, cada

vez con mayor fuerza, a otros inversores poseedores de un sentido más real de la situación y que en absoluto piensan estrangular la economía americana, sino, por el contrario, colaborar con ella. Esta es una de las tareas por las que los pueblos iberoamericanos pueden realizar su transformación industrial. La búsqueda de inversiones estables y justas, aseguradas por situaciones políticas firmes, y garantizadas en un juego de mutua honestidad económica, da al mismo tiempo la posibilidad de que una evolución de las formas políticas fuese causa de menos despilfarros, mayor creación de riquezas y mayor posibilidad de ahorro, permitiendo igualmente el nacimiento de inversores nacionales o de esfera iberoamericana. Dos exigencias tiene este proceso: respecto de las inversiones extranjeras, garantizar, por procedimientos eficaces, que no vayan a desembocar en un imperialismo económico, y ante las inversiones nacionales, que se funden en un ahorro justo y saludable y no que den lugar al nacimiento de nuevas oligarquías.

En uno y otro caso, estas exigencias materiales tienen que estar garantizadas por un nivel de formación profesional y un cuadro técnico industrial que acentúen el desarrollo y la prosperidad de la industria sobre el potencial humano de los países iberoamericanos, y no a expensas de la importación de técnicos y obreros.

Nuevo horizonte de la reforma agraria.

En el punto actual de su experiencia, los iberoamericanos tienen ante sí la tarea de construir el futuro sin desechar totalmente los materiales del pasado. Por esta razón, la reforma agraria de los países iberoamericanos no puede ser, en absoluto, una reforma agraria demagógica y colectivista, sino una tarea de reconstrucción comunitaria y de organización de la so-

lidaridad, que ponga la tierra al servicio del que la trabaja sin sustituir una oligarquía de propietarios por una oligarquía de dirigentes políticos. En una u otra medida, los países iberoamericanos tienen que hacer frente a sus problemas de reforma agraria, en los que algunas experiencias como la boliviana pueden servir de interesante punto de partida. La tarea consiste en poner la tierra al servicio del hombre, como antecedente de una puesta de la economía igualmente a su servicio.

Nuevo horizonte de la educación.

La necesidad de un nuevo humanismo iberoamericano exige el planteamiento de una nueva educación humanista. La revolución y la reforma de la vida iberoamericana tiene que hacerse desde las mentalidades, desde la afirmación de que la sociedad empieza en el hombre y por esta razón solo se construye la sociedad de una manera eficaz y evidente reconstruyendo desde sus principios al hombre, salvando desde sus principios sus contradicciones y superando sus ignorancias.

En varios aspectos se deja sentir ya el peso de tareas positivas orientadas en este sentido. En primer lugar una educación primaria, de la que los iberoamericanos se han hecho problema en ámbito y escala internacional, haciendo propicios los programas de la UNESCO que tienden a crear instrumentos apropiados para subsanar las deficiencias de la educación primaria en Iberoamérica. El nuevo nacimiento de Iberoamérica tiene que proyectarse desde un nuevo horizonte de escuelas y maestros; desde experimentos de educación fundamental y primaria como los que, con carácter auténtico y totalmente revolucionario, se han desarrollado en algunos países y particularmente en Colombia con la gran empresa de Radio Sucatenza.

En orden a la educación universitaria, el movimiento de autonomía y reforma universitaria que ha dado nuevo brío a la institución en muchos países, debe consolidarse en cauces de humanismo y de eficacia, haciéndose más exigente en determinados aspectos, y ofreciendo a la tarea universitaria prototipos humanos apropiados.

El movimiento de reforma universitaria debe logicamente completarse con una concepción de universidad iberoamericana mediante una política de convalidaciones que haga viable la continuación de los estudios iniciados en un país, en las aulas de cualquier otro, y mediante el planteamiento de las enseñanzas no ya en escuelas de disciplinas nacionales, sino en perspectivas regionales iberoamericanas.

También se hace necesaria en Iberoamérica una profunda educación técnica adecuada a su peculiar naturaleza y caractereología frente a los prototipos de formación técnica importada según las mentalidades anglosajonas y germanas, y que en gran medida están adoptados e incluso seguidos en los países iberoamericanos; urge plantear los conceptos fundamentales de la formación técnica en la perspectiva iberoamericana.

Por último, el problema de la educación de trabajadores, el planteamiento de un humanismo en el trabajo, el acceso del mundo del trabajo a los conocimientos propios de una capacitación social, de una formación profesional, de una enseñanza de los valores cívicos, y del planteamiento de los problemas sociales y económicos, de una formación basada en la consideración del trabajador como tal y como hombre, dotado de los suficientes conocimientos para afrontar los problemas de cada día.

En este último sentido, la Revista «Jornal» se refería, en uno de sus números del año pasado, a la necesidad de que España creara una escuela sindical para Hispanoamérica, que representase una síntesis de

las experiencias europeas de formación de trabajadores, para adoptarlas y ofrecerlas a las necesidades y a la curiosidad de Iberoamérica. Y, también en este aspecto, se ha registrado reciéntemente un acontecimiento importante al crearse en la Oficina de Educación Iberoamericana un servicio especializado de educación de trabajadores que, sin duda alguna, se planteará esta necesidad. en su variedad y su urgencia.

Ante este nuevo horizonte de Iberoamérica, Espaca no puede mostrarse ajena, en primer lugar porque su posición europea no la impide sentirse iberoamericana, y en segundo lugar porque razones del entendimiento y razones del corazón hacen más fácil la comprensión entre españoles e iberoamericanos, que entre los iberoamericanos y los nacionales de otros países europeos. Por esta razón, España tiene en estas tres vertientes: Industrial, Agraria y Educativa, de la problemática del nuevo horizonte iberoamericano, una gran responsabilidad que asumir y una importante tarea que realizar.

11. EL MUNDO DEL TRABAJO FUNDAMENTO DEL NUEVO HUMANISMO

La labor de nuestro tiempo se orienta fundamentalmente hacia el conocimiento de una enorme transformación que viene sucediendo en todo el mundo civilizado, marcada por la evolución de unas sociedades nacionales de minorías hacia unas sociedades planetarias de masas.

Ante este fenómeno, una doble tarea se impone a la hora de afrontar el futuro: de un lado, hay que abrir la sociedad a un nuevo humanismo del trabajo que, en sus diversas posiciones, éticas, culturales y profesionales, sea capaz de plantearse y satisfacer la nueva problemática del hombre de nuestro tiempo; de otro, hay que procurar el nacimiento de una nueva solidaridad, producida y desarrollada en la misma esfera y con el mismo alcance en que se plantean los problemas. Fácilmente puede verse que la doble tarea de alumbrar, por una parte un humanismo en el hombre, y por otra una solidaridad entre los hombres, sólo puede ser realizada mediante una interpretación sindicalista del presente iberoamericano, y en virtud de las actitudes y sistemas propios de un sindicalismo en el hombre, sindicalismo profundamente humanista, reconstructor y renovador de antiguos valores, y revelador de los nuevos; y, paralelamente, de un sin-

dicalismo entre los hombres, que muestre los caminos de una nueva solidaridad y que se establezca como instrumento decisivo capaz de dar al mundo del trabajo cauces de unidad y formas de convivencia.

La preparación del hombre para hacerlo idóneo respecto a los problemas y cuestiones de nuestro tiempo, tiene, lógicamente, que desarrollarse promoviendo la realización de este nuevo humanismo, a partir de una concepción ideológica del mundo del trabajo, y de una dimensión social de la cultura. Trabajo, profesión y cultura deben vincularse estrechamente en una misma idea del hombre y de su puesto en una sociedad que está experimentando una gran transformación.

Los textos constitucionales americanos, que han sido los primeros en abrirse a las nuevas exigencias de la justicia social, tienen que abrir a esta nuevos cauces, que los tiempos actuales van haciendo cada vez más urgentemente imprescindibles. Junto a las proclamaciones constitucionales relativas a la libertad de asociación, seguridad social, mínimo vital de protección del trabajo, protección del trabajador y otras muchas en las que aquellos textos constitucionales han marcado una ruta para el Mundo, tienen que imponerse nuevas ideas y entre ellas la de dar una nueva dimensión al trabajo, descargando al hombre de sus funciones para traspasarlas a la máquina, pero sin que la irrupción de la máquina en la sociedad laboral, provoque el nacimiento de una nueva esclavitud del hombre. Operando en el mismo sentido, hay que crear la posibilidad de que la cultura se abra socialmente a las masas, y el ocio tenga su definitiva acogida en los cuadros de derechos y deberes tradicionales del individuo, y como complemento de todo esto, es necesario elaborar un nuevo concepto de profesión, capaz de realizar y potenciar al hombre, y al mismo tiempo de llenar su vida y su trabajo de valores.

De acuerdo con este humanismo en el hombre, un sindicalismo entre los hombres, que tenga su punto

de partida en los conceptos claros de una estructuración de las unidades básicas de convivencia, fundamentándose en una familia salvada del hambre y de la necesidad, en unos municipios constituídos según sus funciones tradicionales, y restablecidos en toda su eficacia política y social, y en unos sindicatos que adaptando a las necesidades de cada país las líneas maestras de una experiencia que la más inmediata Historia española demuestra eficaz, atiendan y organicen esas tareas de educación y promoción; tareas políticas que lleven la representación del trabajo a los organismos rectores de la nación; tareas sociales de formación profesional y de empleo del ocio en la fórmula feliz de nuestra Educación y Descanso; tareas económico sociales creadoras de un movimiento cooperativo próspero y pujante. Pero sobre todo, tareas de reflexión que, empezando en una escuela sindical iberoamericana, faciliten el estudio de las diferentes experiencias sindicales y sus problemas, sin presiones ni pasión, que se realicen en las más idóneas condiciones para un examen científico, mediante una política de intercambio de trabajadores y dirigentes, de la que la única y más eficiente consecuencia pueda ser, como síntesis de la doble vertiente humanista y solidaria del trabajo, el nacimiento de un frente sindical iberoamericano capaz de satisfacer por el camino de la política, de lo social y de lo económico, las más urgentes exigencias de esta renovación de la sociedad.

12. LA JUVENTUD IBEROAMERICANA COMO ESPERANZA

A los jóvenes de Iberoamérica se les ofrece una tarea muy compleja y, por otra parte, de ineludible realización. Los jóvenes iberoamericanos tienen que construir su futuro sin desechar totalmente los materiales de un pasado que, aunque injusto, pleno de contradicciones y testador de catástrofes, debe ser examinado con atenta reflexión, sin limitar su análisis a la simplicidad de la actitud colectivista que adopta la decisión de reducirlo a añicos. Ante la historia más próxima, ante el pasado todavía vivo en la realidad de hoy, los jóvenes americanos deben aprender a aprovechar las experiencias que brindan las lecciones y soluciones de la historia de ayer, para configurar, desde ella, el planteamiento de los problemas de hoy.

En todo caso, las juventudes iberoamericanas constituyen la gran esperanza de un futuro de hermandad y de progreso entre los pueblos de la estirpe. No esta o aquella juventud, sino la juventud misma, como impulso ambicioso y renovador operante en el seno de las sociedades. Un mundo vital y prometedor, como el aquí tratado, está siempre impregnado de un fondo de nuevas ideas, modos e ilusiones, sin vicios de parcialismo ni límites egoístas, dispuesto a incorporarse, a un proceso generoso y grande y en peligro,

también es verdad, de frustrarse ante la incomprensión o la falta de su ocasión política e histórica. Lo deseable es que Iberoamérica dé con la clave de una fresca y vigorosa irrupción juvenil, capaz de robustecer y ampliar sus proyectos colectivos en el mundo contemporáneo.

Ello, sin embargo, ofrece dificultades en el seno de las comunidades, porque la incorporación de juventudes al devenir de los pueblos es una empresa que, para desarrollarse sin desgastes inútiles, con pleno aprovechamiento de las fuerzas, con autenticidad y eficacia, necesita una situación convivencial estable y generosa. La realidad iberoamericana está dramáticamente viciada, en muchas ocasiones, por la inestabilidad política y el juego egoísta de las oligarquías. Ello dificulta la incorporación unitaria de la savia de las nuevas generaciones, fragmentadas, desengañadas, endurecidas muchas veces por turbulentas circunstancias.

Ello no es un hecho exclusivamente iberoamericano. En el mundo han existido y existirán, juventudes a la intemperie; habiendo de buscarse su propio camino sin ayudas, abriéndose su propio cauce, edificando de nueva planta; y juventudes pérdidas, quemadas, desviadas. generaciones signadas por la amargura o la indolencia, por un defecto de arranque en su carrera vital.

Pero resulta evidente que esta es una situación a superar. Es necesario que la vida de las comunidades se arbitre de forma que las juventudes, siendo fieles a su natural signo renovador puedan colaborar constructivamente al trazado de su mañana, en el cual están más directamente interesadas que nadie. Esta necesidad debe hacerse llegar a la conciencia de los hombres que poseen responsabilidad pública en la vida actual de Iberoamérica. Ellos tienen que contribuir, también, desde su presente, a hacer posible el mañana fraterno y mejor que todos soñamos. Una co-

munidad con futuro, e Iberoamérica es indudable que lo posee, tiene que estar dotada de confianza en su propio ser, que lleva dentro de sí misma, en la potencia de sus juventudes que llegan. Ellas son la esperanza firme de un horizonte prometedor.

13. LA NUEVA OCASION DE IBERO-AMERICA

El alumbramiento de un nuevo continente señaló, en los últimos años del siglo XV, lo que los historiadores han considerado como la más importante ocasión de los siglos, determinada por la aparición de un mundo inmenso que, según propias palabras de Pío XII, «habla y reza en español». En nuestro tiempo, nos hallamos ante una nueva ocasión, una gran ocasión, que puede ser la última, y que en ningún caso debe desaprovecharse.

El Mundo Iberoamericano es hoy todavía un continente vacío, necesitado de brazos, de población, de trabajadores que pueblen y colonicen selvas y fertilicen eriales, convirtiéndolos en granjas, y que acudan con su esfuerzo a crear nuevas fuentes de producción, nuevas manufacturas y nuevas industrias. Esta es la vertiente material de esta nueva ocasión de Iberoamérica. En unos años, posibilidades de riqueza y trabajo que yacen dormidas en el fondo de la tierra, pueden despertarse convirtiéndose en realidad relevante y fecunda para unos pueblos que las necesitan y que, al mismo tiempo, pueden dar la lección de su desarrollo, la superación de sus contradicciones y la afirmación de su futuro, como ejemplo e incentivo para otros muchos países.

Pero lo material no lo es todo. También en la

perspectiva de esta nueva ocasión se perfila como en otras muchas cosas una sorprendente aventura del espíritu. El mundo actual nos está dando el ejemplo de unas juventudes cada vez más seducidas por los incentivos menos nobles y elevados. Una juventud que se apiña entusiasta en torno a cantantes o actores decadentes o histéricos, pero que es absolutamente incapaz de encender su entusiasmo en la lucha política o en cualquier aventura de convivencia. Los Estados Unidos han contemplado y evidenciado este problema, descubriendo la necesidad de dar un nuevo sentido a la existencia, de promover una ética del entusiasmo humano, para animar a unos hombres que cada vez lo son menos; que, día a día, se dejan capturar con más facilidad en la trampa de las masas y engrosan inertes multitudes, incapaces de participar ni de interpretar su presente histórico y mucho menos aun de edificar su futuro.

Esta puede ser la tarea de un nuevo nacionalismo iberoamericano integrador, constructor y continental. *Devolver a los hombres la bandera y la misión que los haga nobles y entusiastas, que los haga cambiar mil egoismos de pequeñas comodidades y ocasionales niveles de vida, por ese espíritu de generosidad creadora que alumbra a los pueblos en marcha.*

Los norteamericanos en su época de oro convocaban a la juventud con la frase: «Joven, vé al Oeste y crece con el país». Y mientras han sabido mantener esta dinámica y desarrollarse con la nación, los hombres de América se han mostrado capaces de mantener el ritmo de los tiempos y aportar las soluciones que éstos exigían. Pero en el punto actual ni Norteamérica, ni ningún otro pueblo de Occidente sabe «crecer con el Mundo», en la medida y dimensión que exige la evolución de la problemática de nuestra época, y de aquí la tarea y la necesidad de un nacionalismo iberoamericano que busca una afirmación ideológica idéntica, y un destino común para ese enorme país

que se encuentra entre el Río Grande y la Tierra del Fuego, interpretando, en gran parte, la fábula del mendigo andrajoso sentado sobre una montaña de oro. Para transformar a este mendigo en laborioso minero, extrayendo la riqueza del fondo de la tierra, o en constructor de herramientas o en cualquier otra de las actividades que requiere una transformación económica a escala continental, el punto de partida está en la vuelta a un prototipo de hombre; en ofrecer a la juventud un modelo apropiado y atractivo de actitud humana que sea, por si sóla, lo suficientemente ejemplar y con bastante perspectiva para constituir el elemento dinamizador de los ideales de la época.

Sin un clima espiritual apropiado para el desarrollo de estas actitudes, sin un entendimiento continental de la realidad iberoamérícana y un planteamiento entusiasta de su futuro. el nuevo horizonte de Iberoamérica se presentará como una inevitable frustración. Si la ocasión no se evidencia en la inteligencia de los hombres y el deseo de fecundarla no se proyecta antes en los corazones que en las realizaciones, es evidente que el mundo Hispanoamericano seguirá siendo un segundón poderoso, con fuerzas no desarrolladas, pletórico de energías que no encuentran su cauce y que permanece en un lugar inferior al que le corresponde entre los pueblos de nuestro tiempo.

Pero, sobre todas las demás, esta ocasión tiene que señalarse por varias importantísimas empresas que, unidas entre sí constituyen la verdadera esencia de una revolución americana que venga a dar al término su auténtica intensidad y sentido, superando el concepto cantonal de pequeña revolución nacional o local por la gran revolución en perspectiva continental que los tiempos requieren. A esta revolución americana le cabe la responsabilidad de poner la riqueza en manos del pueblo; de realizar la gran reforma agraria que unas masas hambrientas de tierra, necesitan; de crear los centros adecuados de formación profesio-

nal que requiere la expansión técnica; y las cooperativas que exigen el justo disfrute de los beneficios de esta expansión. Una revolución que cambie la estructura social tradicional sustituyendo a la oligarquía de la propiedad por la jerarquía del trabajo, renovando unas clases dirigentes, ya antiguas en el poder, mediante la incorporación de hombres provinientes de las más diversas capas sociales. Una revolución que ponga dique y límite a las ganancias de proporciones geométricas, y a los inmensos negocios; que distribuya la miseria de hoy, para mitigar los males del presente y para poder facilitar la distribución de la riqueza del mañana.

Pero esta tarea exige fundamentalmente hombres; requiere quizá el sacrificio de una generación que se haga cargo de la responsabilidad que le incumbe como puente entre un pasado que se acaba y un futuro que aún no comienza. Abnegación y entusiasmos sin límites deben de ser las características de estos iberoamericanos, que hagan real la superación de estas horas difíciles, y que aprovechando la problemática ocasión que se les ofrece, realicen el sueño de un país-continente, ejemplo y lección de cómo ha de ser la futura organización de la convivencia; conquista de libertad y de eficacia, revolución y transformación de una humanidad salvada de la esclavitud y de la ignorancia por el esfuerzo de una minoría capaz y valerosa.

Hace pocas fechas, cuando el terrorísmo atómico de los soviéticos lanzaba sus superbombas empavoreciendo al mundo, en algunas ciudades de Norteamérica pasaban manifestantes con pancartas en las que se leía: «Mejor comunistas que muertos». Por el contrario, frente a esta ética de renunciación, de inasistencia y de cobardía, la ideología de la revolución iberoamericana debe partir de una afirmación anclada en el valor del hombre, en la afirmación del hombre: «Antes muerto que comunista».

Ante la nueva ocasión, los hombres de Iberoamérica, deben saber llegar a las conquistas sociales, a la educación, a la justicia y a la prosperidad de las masas, antes que las prometan y estimulen los agitadores colectivistas al uso.

Respecto del Occidente, Iberoamérica debe verse a sí misma como la Roma de unas civilizaciones que aún no han comenzado a desarrollarse: los países mestizos, que tendrán que enseñar la lección profunda del alumbramiento de un país compuesto de muchos. Y por esta razón, para ser los romanos de la era planetaria, no deben olvidar las dos grandes lecciones de Occidente; el tiempo como oportunidad de perfeccionamiento y el destino del pensamiento como destino del Mundo. Y he aquí la gran tarea española en esta nueva oportunidad de Iberoamérica. Esa generación puente, esos primeros nacionalistas planetarios, esos hombres capaces de sacrificarse para dar al hombre su puesto y su dignidad en el mundo que empieza, no tienen por qué ser exclusivamente iberoamericanos. El español de América, que tantas veces ha sabido enriquecer su patria americana, que ha creado familia y trabajo, prosperidad y alumnado, amistad y colaboración en tierras de América, ese español que ha sabido ser viva aportación a la cultura y al desarrollo de los países americanos, tiene que tener su continuidad en esta ocasión. Para ello le hará falta integrarse en una empresa de comprensión, aprender a entender las razones y los problemas de Iberoamérica y a reconocer en ellos la estirpe y la intención de su propio espíritu; incorporarse a la tarea que puede ser logicamente la clave del más prometedor futuro: diferenciar lo Iberoamericano y unir a los hombres de Iberoamérica. Definir y diferenciar desde el aglutinante de la experiencia iberoamericana, desde los resultados fecundos de la gran experiencia que es el mestizaje, el aparentemente confuso repertorio de actitudes y mentalidades que forman el mundo iberoa-

mericano; distinguir la actitud cabal y constructiva a la que está vinculado el futuro del Continente, y luego unir a los iberoamericanos, reunir a los pueblos de una misma estirpe, de una cultura común, y encaminar sus pasos por entre las sombras de un futuro ya inmediato.

14. LA AUTENTICA UNIDAD DE IBEROAMERICA

La tarea de configurar el más próximo futuro iberoamericano es fundamentalmente una tarea de unidad, pero unidad no solo en cuanto a la integración de las distintas naciones en una comunidad interamericana, sino también en cuanto que las distintas fuerzas y tendencias que actúan en la vida pública se sientan comprometidas a realizar y orientar sus esfuerzos hacia la realización de esa comunidad, moviéndose y definiéndose por imperativos unificantes.

Las fuerzas sociales, las políticas y las confesionales, sin más exclusión que los grupos colectivistas, deben aplicarse a identificar y definir cuáles son las características que las unen por encima de aquéllas que puedan separarlas.

«El gran crimen del hombre moderno—decía el maestro Fraga Iribarne—ha sido sustituir la unidad por la variedad». La diversidad más absoluta ha fragmentado el mundo moderno dividiéndolo en mosaico de ideas, actitudes y formas, y por esta causa todas las fuerzas conscientes deben buscar en cada caso concreto caminos de reconstrucción social, de reagrupación, estructurando, de la mejor manera posible, una conciencia de comunidad iberoamericana, en la que se evidencien las líneas maestras de una unión vigente y valedera en lo político, en lo social, y

en lo económico, informada por unas expresiones culturales notablemente semejantes.

En esta tarea el catolicismo iberoamericano tiene que ser el aglutinante de esta comunidad, aprovechando el hecho indiscutible de que junto a la lengua común, es la fe común uno de los más importantes presupuestos con que ha de contar todo intento de unidad Iberoamericana. Por esta razón no es sólo la unidad de los países entre sí lo que debe buscarse, sino también la de los hombres, mediante una serie de sanos principios de reconstrucción comunitaria, de virtud unitiva, que anulen los fermentos disgregadores.

Y esta unidad debe nacer de un tratamiento común de los problemas políticos, sociales y educativos. Las experiencias de las organizaciones Iberoamericanas de Educación, la seguridad social y la cooperación intelectual, han enseñado de manera evidente como puede descansar la unión de los pueblos Iberoamericanos en la participación común en una serie de tareas y preocupaciones; por este camino la comunidad Iberoamericana puede documentarse y fortalecerse para un mañana próximo, ganar eficacia y perspectiva y, hacerse a la vez moderna y auténtica.

En la manera de definirse nuevos problemas y de conjugarse nuevas dificultades en el horizonte de los hombres de nuestro tiempo, se ha definido en gran medida la vida de hoy. En este mismo sentido y, en la posibilidad de instrumentar soluciones para estos problemas, soluciones modernas, claras, apropiadas y congruentes, está sin duda alguna la base de la verdadera comunidad de los pueblos Iberoamericanos.

15. UN NUEVO MESTIZAJE

A los pueblos de Iberoamérica los ha caracterizado unas de las grandes aportaciones de la generosa sangre hispana, el mestizaje; mientras que en los países de civilización anglosajona las razas aborígenes han desaparecido por completo, hasta constituir motivo de curiosidad antropológica en Australia, Nueva Zelanda, en los Estados Unidos e incluso en el Canadá, España puede exhibir como timbre de honor la experiencia del nacimiento de una raza nueva, de una raza mestiza que no es sino el reflejo de las características raciales de lo español, que más que conquistar convive, y en vez de colonizar civiliza.

Esta generosidad de lo español tiene un reflejo mucho más claro en el hecho de que incluso las doctrinas indigenistas que pretenden resucitar las antiguas civilizaciones americanas e incluso introducirlas como fundamento de derecho en la moderna vida pública no son, en absoluto, creaciones de indios, sino concepciones españolas.

Este mestizaje, a la vez evidente en lo material y en lo ideológico, es el que da su auténtica fisonomía al Mundo Iberoamericano de hoy, y por eso, las soluciones que se buscan para los problemas más capitales de su convivencia política y social tienen que ir presididas por la idea de que el mundo Iberoamericano no es en absoluto ni el mundo europeo, ni español ni siquiera exclusivamente indio, sino una síntesis,

un gigantesco crisol en el que se han ido mezclando razas y experiencias y en el que todavía caben infinitas posibilidades de unión y de colaboración.

Como tal mundo mestizo, el mundo Iberoamericano tiene que promover su propia definición, afirmarse diferente y unido e informado por su propia cultura, reflejo de una actitud original y personalísima que le distingue en el mundo de hoy.

La influencia del mestizaje iberoamericano en la vida social y política nos ha dado una viva muestra de la más auténtica y sincera de las convivencias: las naciones, sin ningún género de discriminaciones étnicas, en las que todas las oportunidades están abiertas a todos, en donde la igualdad no tiene cortapisas ni fronteras de color o de origen. Por esta razón este mestizaje, este auténtico encuentro de razas en la encrucijada de unos países profundamente desarrollados en lo espiritual, aún cuando en gran medida estén subdesarrollados en orden a las conquistas materiales, puede ofrecer en el momento actual gran lección de convivencia para esas naciones que surgen, una profunda y entrañable pedagogía de libertad e igualdad firmemente ancladas en lo real sin limitaciones de ningún género.

Iberoamérica es fundamentalmente un mundo mestizo y en cuanto mestizo un mundo original de fórmulas nuevas, frente a problemas antiguos o nuevamente formulados. De actitud original, en la que toda posibilidad está abierta al hombre y todo destino puede ofrecersele. En cuanto mestizo y original el Mundo Iberoamericano es un mundo fecundo, pródigo todavía en esperanza y posibilidades y, por tanto, en la medida en que Iberoamérica sepa ser fiel a su originalidad estarán abiertos para ella los derroteros de un destino prometedor.

16. LA HISPANIDAD EN EL PACIFICO

La presencia de la cultura hispánica en el Extremo Oriente, es uno de los fenómenos más interesantes de la historia contemporánea, y un hecho sobre el que no se medita con la debida profundidad. En el centro de una red de culturas orientales, diversas y extrañas, Filipinas mantiene y representa el sentido cristiano de la vida. Eso que es evidente que no tienen otras naciones orientales, el aposentamiento prudente y el buen juicio, lo tiene Filipinas de manera cumplida, y basta repasar su historia más reciente para darse cuenta. Estas líneas se escriben en el momento en que visita España el primer magistrado de la lejana y querida nación filipina, y buena es la coyuntura para que intentemos expresar en su lengua, que es la nuestra, lo que el archipiélago del Pacífico representa, en primer lugar, en la comunidad de pueblos hispanoparlantes, y, en segundo lugar lo que representa en el juego histórico universal.

Geográficamente lejos, Filipinas no es—en sentido espiritual—, sin embargo, una isla. No ha dejado de sorprendernos muchas veces el eco moderado que, a través del extenso mundo hispánico, suele concederse

a los problemas y afanes de cada uno de los pueblos que forman esta fraterna comunidad. Los países hispánicos han de conocerse más entre sí y fomentar fórmulas de cooperación y mutua asistencia. Estamos viviendo un momento histórico de excepción, en el cual se advierte como dimensión fundamental, un hecho notable: la superación de los criterios nacionalistas, convertidos en criterios nacionales que, a su vez, se integran en órdenes supranacionales superiores. Interesa decir antes que nada, que el supranacionalismo no contradice la nacionalidad, sino que la perfecciona. Justamente lo contrario ocurre con el internacionalismo, idea y palabra de las que conviene defenderse. Pues, bien; mientras otros pueblos del mundo se afanan por inventar razones de comunidad sobre las que construir un futuro más estable y más eficaz, nosotros, doscientos millones de seres humanos que hablamos la misma lengua y vivimos sobre un sistema único de fundamentos sociales y morales, tenemos ya resuelto por la Historia la base de nuestra comunidad. Filipinas, por ser un caso único en Oriente, es en esta comunidad un suceso de incalculable importancia. Basta repasar la más reciente lista de acontecimientos orientales—Birmania, Indonesia, Corea, Indochina, China, etc.—y compararlas con la realidad filipina, para darnos cuenta de que allí ocurren las cosas de otro modo, de que allí hay otro espíritu, que fluye a través de las decisiones nacionales, sin agotar o estrangular el sentimiento autóctono filipino, que ha encontrado en el sentido hispánico un cauce riguroso y sano. Es por eso que, durante la guerra mundial, la resistencia filipina, se mantuvo en torno a una idea que estuvo representada, no sólo por nombres castellanos, sino por las campanas humildes de las parroquias tagalas, por el firmísimo sentido familiar del pueblo filipino y por esa tenacidad, seriedad y dureza que dio a la ejecutoria de los guerrilleros un acento cuya raigambre conocemos.

Los problemas filipinos, son los problemas del mundo. Con la diferencia que impone la naturaleza, nuestros propios problemas. Allí se está dando una batalla por el desarrollo de la comunidad nacional. El país necesita más técnicos, más profesionales, más instrumentos de producción, más escuelas, más universidades, más conciencia de justicia. Este es el frente del mundo libre en todas partes. A nosotros, españoles, lo que pasa en Filipinas nos atañe directamente, y necesitamos, en primer lugar, poseer un conocimiento preciso y completo de la realidad filipina, de los deseos y las dificultades filipinas. De la misma manera que en Iberoamérica, los problemas de Filipinas necesitan para ser resueltos del modo frío de los créditos financieros, pero no sólo de eso—hay que repetirlo mil veces, porque el error está aquí—sino también del respeto, la comprensión y el reconocimiento de su derecho a la dignidad y a la libertad.

Hemos entrado sobradamente en la segunda mitad de nuestro siglo, y el mundo se transfigura de manera vertiginosa. Sería necio e inútil no admitir esta nueva configuración universal. Pero, la Historia es paradójica, como un pez que se muerde la cola. A las situaciones nuevas, se responde con movimientos de defensa y adaptación que la Humanidad ha comprobado desde que existe. Junto al florecimiento de las nuevas naciones, y el fortalecimiento de las menos nuevas, vuelve a crecer el impulso universal de asociación. No son fenómenos opuestos, sino extremos dialécticos, susceptibles, por ende, de ser integrados en un rasgo histórico positivo, Filipinas, el pulso oriental más sereno y rítmico, es ya un rasgo histórico positivo, integrador y lúcido. Irreversiblemente hispánicos, los filipinos pertenecen a nuestro mundo, y están con los pueblos hermanos de América, hombro con hombro. Para decir esto no hace falta retórica: Filipinas nos importa, porque, en cierta medida, muy profunda, también nosotros somos de abolengo filipino, y buscamos el

mismo futuro. Al meditar sobre el «nuevo horizonte» de Iberoamérica, está también, por eso, presente en nuestra esperanza, el horizonte de la tierra filipina, el límite hispánico del cristianismo, la frontera de nuestro espíritu.

17. CONTRIBUCION IBEROAMERICANA A UN MUNDO MEJOR

Durante la celebración del II Pleno del Congreso Sindical pudo advertirse repetidas veces el interés y expectación que la experiencia sindical, los aspectos sociales y las realizaciones de protección familiar y en general todas las vertientes de la política social española producía entre los observadores iberoamericanos. En distintas ocasiones, dirigentes sindicales y profesionales de los distintos países de Hispanoamérica hicieron uso de la palabra para destacar la impresión que les producían las sesiones del Congreso. Entre ellos debe citarse por el interés y profundidad de su intervención, al observador mejicano don Florencio Eguia Villaseñor, Presidente del Consejo Central de Cajas Populares, que, haciendo un comprensivo elogio de la realidad española, planteó de manera clara cual puede ser el programa y la acción de España ante el nuevo horizonte iberoamericano.

El señor Eguia, recordando en hermosa frase uno de los más interesantes momentos de la Historia española, proponía a sus interlocutores que dieran, las joyas de España como las dió un día la Reina Católica; que las dieran sin reservas para lograr no sólo hacer una España grande, unida y libre, sino para contribuir a hacer un Mundo Mejor y más fraterno.

En esta idea está sin duda contenida la condición más importante de una futura acción de España en Iberoamérica, que no requiere altos niveles de capacitación ni formación, ni exige tampoco enormes conocimientos en los participantes, sino que tan solamente hace necesario el compromiso de una gran generosidad española. Para intervenir en este mundo futuro, para responder al emplazamiento a que el pueblo iberoamericano está sujeto, para entrar con los restantes países de su estirpe en el mundo futuro, la conducta española debe ser, ante todo, generosa, sin dogmatismos ni actitudes que encubran complejos de superioridad, ni cualquier forma de planteamiento insincera o mezquina. Si para realizar la gran promesa de Iberoamérica es necesaria una generación puente que se sacrifique al presente para construir el porvenir, los españoles no tienen por qué regatear su contribución a este esfuerzo y su integración en esta empresa.

En el lapso de muy pocos años, Iberoamérica tiene que entrar en el camino del desarrollo: desarrollo agrícola, mediante una fecunda colonización, una justa reforma agraria y una puesta en uso de nuevos cultivos; y desarrollo industrial, con una adecuación de la estructura industrial iberoamericana a las variadísimas posibilidades que la gran disponibilidad de materias primas hace presumible; y una defensa fundamental del hombre frente a la masa, una protección del hombre iberoamericano contra la masa y contra la máquina, colocando la dignidad del hombre por encima de cualquier exigencia de la producción, dándole una educación e instrucción de tal género que el hombre sepa definirse a sí mismo, independientemente de las motivaciones que plantea la masa, y dotándole de una formación profesional que le coloque por delante y por encima de cualquier máquina por perfecta que sea; poseedor de un repertorio de conocimientos técnicos que le permitan dominarla sin someterse a ella:

18. MISION DE IBEROAMERICA ANTE EL TIEMPO NUEVO

Una urgencia que casi responde a un emplazamiento obliga a considerar la realización de un repertorio de tareas que no admiten demora y, que en mayor o menor medida, tienen que promoverse en casi todos los países de Iberoamérica. En primer lugar, se hace necesaria una puesta al día de las unidades de convivencia, promoviendo la afirmación de una serie de principios de reconstrucción comunitaria que faciliten y potencien el desarrollo de la institución familiar, sindical, municipal y universitaria, hacia fórmulas cada vez más modernas y progresivas, y a la vez congruentes con la realidad de hoy, pero también con valores tradicionales del pasado. En segundo lugar la afirmación de una conciencia de unidad en la que, insistiremos una vez más, es decisiva la doble tarea de diferenciar lo iberoamericano y unir a los iberoamericanos.

En ese repertorio de posibilidades y exigencias se destaca como resultado de todo lo que anteriormente llevamos señalado, la urgencia de dos grandes tareas: una tarea educativa, que promueva en los hombres la afirmación de una serie de valores que los haga capaces de enfrentar los problemas del presente, y una tarea institucional, orientada a dar una dimensión

y una estabilidad a los ámbitos de la vida pública hispanoamericana, que la defienda de posibles alteraciones, crisis y declives.

Todo esto entraña la afirmación de un nuevo humanismo iberoamericano, humanismo fundado en un modo de ser, en la existencia de una variada ciudadanía de pueblos entre los cuales los factores que los hacen diferentes son menores que aquellos que los aproximan y asemejan.

Una cuestión importante es la de los medios para que se vayan produciendo estos fenómenos de una manera más estable y consistente. En este sentido, la experiencia de los estudiantes hispanoamericanos que se instruyen en las Universidades españolas, permite establecer dos vías de aproximación interesantísimas: De un lado las ciudadanías universitarias españolas, que reciben una afluencia de estudiantes de otros países pero participantes en una misma lengua y en una misma civilización, adquieren con esta presencia una nueva dimensión de carácter cultural. Madrid, Salamanca, Sevilla, Barcelona, aprenden a ser las ciudades crisol, que comprenden a las ciudades de procedencia de los estudiantes hispanoamericanos; que tienen calles con los nombres de las ciudades hermanas, un aula para todos los iberoamericanos, y una virtud inefable para hacer que, en su tránsito por España, todo iberoamericano se sienta en su propia ciudad.

En estos últimos años las ciudades universitarias españolas han aprendido a ser el espejo de una cultura común, cultura del valenciano Vives, del murciano Saavedra Fajardo, del castellano Cervantes y del vasco Unamuno, pero también del mejicano Sigueiros, del brasileño Portinari, del argentino Houssay, del uruguayo Rodó, del mejicano Vasconcelos.

En el fondo de esta cultura está presente un humanismo común, una idéntica interpretación de la dignidad del hombre y del puesto del hombre en la sociedad. Y este humanismo, en tanto lo es, se inspira

todo él, en una apertura a lo universal. Las culturas, como las restantes dimensiones de la vida del hombre, no pueden entenderse cerradas y parciales. Tan mezquino como reducir la santidad a una parroquia, sería pensar en una cultura de Madrid o de Buenos Aires, de Albacete o de Arequipa, en un humanismo provinciano o meramente nacional. Con la presencia de los estudiantes iberoamericanos, las ciudades españolas se han dado cuenta de esto, han renovado sus enseñanzas múltiples y sus cursos, han abierto plazas y conventos, para ofrecer en museos el esplendor de su pasado, permitiendo a los iberoamericanos aprender una serie de importantes lecciones:

En primer lugar la lección tradicional de la cristiandad y del Occidente: el tiempo no es algo que se pueda perder con ligereza, sino una oportunidad de perfeccionamiento.

En segundo lugar, la lección de la juventud responsable dispuesta a asumir una tarea y una misión capaz de comprometer su entusiasmo en empresas realmente grandes.

En tercero, la lección de lo intelectual sobre lo cordial, la lección que dictara José Antonio Primo de Rivera, recordando la frase pascaliana de que: «el corazón tiene sus razones que la razón no conoce». Y añadiendo «que también la inteligencia tiene su manera de amar como jamás conoce el corazón».

En cuarto lugar la lección del diálogo entre gentes que se entienden con palabras comunes, que en coloquios y seminarios cambien sus pareceres sus criterios y sus experiencias; y en último lugar, la lección de lo auténtico, la que diferencia la piedra, (lo verdadero, lo categórico) del estuco, lo falso. Con todo ello al iberoamericano puede ofrecerle la experiencia española un repertorio de ideas y de sugerencias y un ejemplo de una sociedad construída desde el hombre,

por cuanto los españoles tenemos duramente ganada la lección de que el hombre es el sistema, y más todavía: una oferta de colaboración, un banderín de generosidad abriéndose a cualquier tarea que vuelva a situar a los españoles en Iberoamérica no en trance de conquista, sino de diálogo, de colaboración y de solidaridad.

BIBLIOGRAFIA

THEODORE DRAPER: *El comunismo de Castro.* Cuadernos. Marzo 1962.

R. J. ALEXANDER: *Le action sovietique en Amerique Latine. Revista* «Revista Le Contrat Social». Marzo-abril 1961.

C. WRIGHT MILLS: *Escucha yanqui.* Fondo de Cultura Económica de México. 1961.

G. MYRDAL: *El estado del futuro.* Fondo de Cultura Económica. México, 1961.

PEDRO C. M. TEICHERT: Revolución económica e indus*trialización en América Latina.* «Fondo de Cultura Económica». México. 1961.

MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA. *Las historias Hispanoamericanas en el siglo XX.* «Colección Guadarrama de Crítica y Ensayo». Madrid, 1961.

G. D. H. COLE: *Historia del pensamiento socialista.* Tomo V. «Editorial Fondo de Cultura Económica». México, 1962.

J. M. YEPES: *Le Panamericanisme.* París, 1936.

JUAN TERRADAS: *Une chretiente d'outremer.* «Nouvelles Editions Latines». París. 1960.

CECIL JANE: *Libertad y despotismo en América Latina.* «Edición Imán». Buenos Aires, 1942.

VÍCTOR ALBA: *Le mouvement ouvrier en Amerique Latine.* «Les Editions Ouvrier». París, 1953.

Número de la «Revista Esprit» dedicado a América Latina. Octubre, 1958.

JOSÉ MARÍA ALVAREZ ROMERO: *Los partidos demócratas de izquierdas en Iberoamérica.* En la «Revista de Política Internacional» 56/57 julio, octubre de 1961.

A. KAFKA *J. A.* MAYOBRE y otros: *El desarrollo económico y América Latina.* «Fondo de cultura económica» México, 1960.

WAY *Forum*: Número especial dedicado a Iberoamérica, primavera, 1960.

ARMANDO VILLANUEVA: *Partidos demócratas revolucionarios en Indoamérica.* Revista «Combate», 18 septiembre-octubre de 1961.

ARTURO ALDUNATE: *La industrialización necesaria.* «Revista Cuadernos». Núm. 53, octubre 1961.

INDALECIO LIEVANO AGUIRRE: *Los grandes conflictos económicos y sociales de nuestra historia.* Bogotá, 1962.

RAÚL CHÁVARRI PORPETA: *Aventuras y desventuras en la América Ibera.* «Ediciones Jornal» Madrid, 1961.*Vecindad y enemistad de los Estados Unidos e Iberoamérica.* «Instituto de Estudios Políticos». Madrid, 1961. Las asociaciones familiares en la convivencia Iberoamericana. Revista «Familia Española». Octubre 1961. *Puntos para un enfrentamiento del problema social Iberoamericano* «Revista Ces», núm. 10, julio-agosto 1961. *Una escuela sindical para Iberoamérica.* «Revista Jornal», septiembre-octubre 1961. *Reflexión y Mágia.* «Revista Jornal». Noviembre-diciembre 1961.

INDICE

Págs.

COLECCION "NUEVO HORIZONTE"

TITULOS PUBLICADOS

SERIE EDITORIAL

	Pesetas
Nuevo horizonte de la vida española	20, -
El campo andaluz	10, -
La transformación agraria	20, -
Desarrollo armónico en zonas de expansión agraria	20, -
La formación profesional y la nueva sociedad . .	15, -
Veinticinco años abiertos al futuro.	15, -
El desarrollo regional de España	20, -
Ante el mercado común europeo	15, -
José Antonio en el nuevo horizonte	15, -
El mensaje de José Antonio	20, -
Franco ante el nuevo horizonte	20, -
Rumbos de la empresa nacional	20, -
Panorama de la educación	20, -
El pueblo español.	20, -
Hacia nuevas estructuras comerciales	20, -
Expansión necesaria del comercio exterior . . .	25, -
Nueva Ordenación Bancaria	20, -
Planificación del desarrollo económico	25, -
Perfeccionamiento de la función representativa. .	20, -
Caminos de superación social	20, -
La nueva Ley de ordenación del crédito y la banca	25, -
Aspectos humanos y sociales de la emigración. .	20, -
Racionalización económica	25, -
Mentalidad productiva y conciencia social . . .	20, -
El nuevo horizonte ibero-americano	25, -

SERIE «FORO DE IDEAS»

«La provincia y el Gobernador Civil», por José María del Moral	20, -
«Pueblo y Estado», por Jesús Fueyo	25, -
«La tradición en José Antonio y el Sindicalismo en Mella», por José María Codón.	30, -

EDICIONES EUROPA

		Pesetas
1.	DIPLOMACIA Y PODER, por Dean Acheson	60,—
2.	LIMITES Y DIVISIONES DE LA HISTORIA EUROPEA, por Oscar Halecki	60,—
3.	LA EVOLUCION DE LA ORGANIZACION INDUSTRIAL MODERNA, por F. J. Wright	60,—
4.	ALEMANIA Y LA LIBERTAD, por James B. Conat.	60,—
5.	RUSIA, EL ATOMO Y EL OCCIDENTE, por George Kennan	60,—
6.	¿ES PERFECTA LA MONARQUIA?, por Lord Altrincham y otros autores	60,—
7.	LA GUERRA REVOLUCIONARIA, por el General Díaz de Villegas	60,—
8.	EL ATEISMO POLITICO, por Marcel Reding	60,—
9.	GUERRA Y DIPLOMACIA, por Manuel Fraga Iribarne	70,—
10.	SETENTA AÑOS DE VIDA Y TRABAJO, por Samuel Gompers	100,—
11.	LA DERECHA FRANCESA, por Armin Mohler ...	60,—
12.	EL CATOLICISMO NORTEAMERICANO, por John Tracy Ellis	100,—
13.	EL FEUDALISMO MEDIEVAL, por Carl Stephenson.	60,—
14.	DIRECTOR Y EMPRESA, por Frederic Hooper y otros	80,—
15.	LOS SERVIDORES DEL PODER, por Lorenz Baritz.	100,—
16.	NORTEAMERICA EN EL MUNDO MODERNO, por D. W. Brogan	70,—

LOS PUEBLOS IBERO-AMERICANOS ANTE EL TIEMPO MODERNO

Se contempla el panorama general que se ofrece a un grupo familiar de pueblos que forman, por sus orígenes y por la afinidad de sus cauces culturales e históricos, una comunidad entrelazada ante las convocatorias del tiempo moderno. Y cuyas respuestas han de configurar el porvenir inmediato de España y de los países Iberoamericanos. Esta perspectiva se nos presenta con muy particulares exigencias, que nos obligan a un atento examen de la situación, de las actuales condiciones y posibilidades de estos pueblos de la misma estirpe, en orden al desarrollo que, sin demora y de manera ineludible, les impone su natural destino.

A nadie puede extrañar que España se sienta implicada en la suerte histórica de un haz de pueblos fraternalmente solidarios, y esto basta a explicar la ansiedad con que otea aquel nuevo horizonte iberoamericano, colmado de promesas condicionadas, como es justo, a un común esfuerzo, enérgico y tenaz, y al que el pueblo español desea generosamente incorporarse. Así el presente estudio debe ser entendido como un testimonio de sensibilidad histórica y una prueba de leal cooperación, a fin de lograr las eficacias precisas que garanticen el éxito en la común aventura de los tiempos.